



## En torno al tercer domingo de Adviento: la alegría de esperar

Fernando Kuhn cmf.

Ya sabemos que siempre el tercer domingo de adviento es una invitación a la alegría. Es algo que la Iglesia pide en la oración colecta: *“concédenos llegar a la Navidad –fiesta de gozo y salvación- y poder celebrarla con alegría desbordante”*. Nuestra sociedad post-cristiana celebra la navidad con un *derroche* y una alegría desbordante. Tal vez, este año será expresión, en muchos, de agradecimiento por haber transitado gran parte del año de pandemia y superar contrariedades; sin embargo, en muchos hogares y grupos habrá un desborde o desenfreno como recuperación de tiempos y espacios perdidos. Además, muchas personas han vivido un tremendo deterioro económico y muchas de nuestras comunidades son testigos de las diversas iniciativas que se han debido implementar para superar situaciones difíciles.

Volviendo a la alegría, no es de este tipo la que le pedimos al Señor. Como comunidades cristianas vivimos la Navidad con alegría, sí, pero de otra forma. Es una alegría más profunda, más verdadera si se quiere. Toda persona cristiana está invitada a estar alegre, que no es lo mismo que estar contento, todo el año; porque es un gozo interior que se manifiesta exteriormente. Y esta alegría es de por sí un testimonio interpelante.

¿Por qué estamos alegres? Porque el Señor está cerca, nos dice san Pablo (cf. Flp 4, 4-7). Porque el Señor *“me vistió con las vestiduras de la salvación y me envolvió con el manto de la justicia”*, dice Isaías 61, 10. La fe y la esperanza en la venida del Señor origina diversos efectos en el corazón de cada persona. Ya no hay lugar para el temor, sino para el gozo y la confianza (abandono en Dios), que desembocarán en una paz divina: *“La paz de Dios, que sobrepasa todo juicio, custodiará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús”* (Flp 4,7).

Juan, como precursor del Mesías, dice que vendrá y *“los bautizará con Espíritu Santo y fuego”*, es decir, con el Espíritu de Jesús se realizarán los tiempos mesiánicos tan esperados. El fuego expresa la presencia de Dios y la fuerza transformante de su gracia y su perdón, pero Juan vino para dar testimonio de la luz, sin ser él fuego en sí mismo (cf. Jn 1,7). Y volviendo a lo más llamativo del texto de Isaías es que resalta que el verdadero gozo humano brota de la experiencia de liberación que obra el Espíritu.

Pero, todo este tono de alegría y gozo no nos hace a nosotros/as cristianos/as y consagrados/as a vivir en lejanía de la realidad y olvidarnos de la propia experiencia de pecado. Es una alegría que exige frutos de conversión, y frutos concretos. La Palabra de Dios nos interpela y nos invita a descubrir la verdadera y profunda alegría que viene de su presencia salvadora. Hace falta descubrir primero su presencia que nos renueva y nos unge con Espíritu Santo. Después se trata de vivir en consecuencia. La pregunta sobre el qué debo hacer, es hoy terriblemente actual. No se puede esquivar. El Señor nos invita hoy a vivir en la medida, a compartir, a buscar la justicia, a vivir con un espíritu pacificador... ¿A qué distancia estoy de hacer real esta invitación?

Es el momento de pararse y hacer un pequeño análisis en nuestra vida. Con la ayuda de Jesús, es el momento de profundizar en nuestro estilo de vida; de reunir el trigo, de ir a lo importante y esencial; de quemar la paja, de destruir lo que no nos ayuda o no nos sirve. Pidamos el don de discernimiento. Este tiempo de adviento todo y no sólo el tercer domingo, es una invitación al desborde gozoso, por eso la alegría debe ser una de las características de cada persona cristiana de hoy, en medio de tanto sufrimiento.

Esta alegría nace de la convicción de que “el Señor está cerca”, que viene como don, con un bautismo de fuego y viento. Por eso es una alegría propia de Dios, él también está alegre. Entonces, así entendemos de nuevo modo la penitencia.

La alegría del Evangelio no nos permite olvidarnos de las responsabilidades, al contrario, exige frutos concretos de conversión. ¿Qué debemos hacer? Para ello es necesario el discernimiento. Propongo algunas consignas que nos movilicen.

### 1. Preguntas para la reflexión personal o en grupo

- ¿En qué medida el tono general de nuestra vida es de una alegría interior? ¿La gente a nuestro lado lo ve así?
- ¿Qué es lo que te hace realmente feliz en tu vida?
- ¿La gente percibe la Iglesia como una comunidad alegre? ¿Por qué?
- ¿Qué gestos concretos de caridad fraterna, de justicia y de no-violencia podemos desarrollar o profundizar durante este tiempo de adviento?

### 2. Un poco de poesía

#### RÍETE

Me hacías cosquillas aquella tarde  
y me decías:  
«¡Ríete! ¡Ríete! ¡Ríete!».

Yo estaba serio  
como un tren en marcha.  
Y no me hacía gracia;  
que nadie me hiciera cosquillas.  
Quería andar solo mi camino.

Tú seguías haciéndome cosquillas.  
Movías tus dedos con suavidad  
y me gritabas:  
«¡Ríete! ¡Ríete! ¡Ríete!».

Yo te miraba de reojo  
y pensaba: Es un chiquillo nuestro  
Dios.  
No sabe que la vida es cosa seria,  
como la subida de precios  
y la guerra del petróleo.

Penetraste en mis pensamientos,  
pero no hacías caso.

Seguías haciéndome cosquillas.  
De repente soltaste una carcajada  
y exclamaste:  
«¡Hay que reírse hasta del  
evangelio!».

Me sonó a blasfemia.  
Pensé: Nos va a estropear el invento  
después de dos mil años.  
¡Tanto decir que la puerta es estrecha!  
Exige oposiciones  
y luego deja copiar.  
Organiza una recepción  
y él viene en traje de baño.  
¡Etiqueta, Señor, etiqueta!  
Y un mínimo de seriedad.

Leíste en mi frente y me dijiste:  
«Te canto aleluyas y no mueves ni las  
mandíbulas.  
¿Te canto un responso?».

Me enfadé.  
Te grité: «¡Qué poca formalidad!».  
A Dios no hay quien lo entienda.

No te inmutaste.  
Socarrón, me dijiste:  
«Ya era hora de que lo aprendieras».

Estaba fuera de juego.  
Yo hacía líneas rectas  
y Tú jugabas con curvas.  
Yo luchaba con lógica,  
y Tú te movías en la frontera del chiste.  
Yo serio,  
y Tú en broma.

Perdí la pista.  
El corazón me daba saltos  
de la ira a la risa,  
de la risa a la ira.  
No podía mantener la seriedad  
ni tenía humildad para reírme.

De repente se derrumbó el muro  
y salió la risa por mi boca  
como una riada.  
Una cascada de agua clara.

Me dijiste:  
«Ya era hora  
de que te rieras en la oración».

Aquella tarde te perdí el «respeto»  
para Siempre.

**(Patxi Loidi)**